

# ANÁLISIS DE LAS GRAFÍAS MEGALÍTICAS DE LOS DÓLMENES DE ANTEQUERA Y SU ENTORNO

Primitiva Bueno Ramírez, Rodrigo de Balbín Behrmann y Rosa Barroso Bermejo, Dpto. de Historia I y Filosofía, Universidad de Alcalá de Henares

EL PROYECTO INTEGRAL SOBRE EL PAISAJE DE LOS CONSTRUCTORES DE MEGALITOS EN LA DEPRESIÓN DE ANTEQUERA NO PODÍA DEJAR DE LADO EL ANÁLISIS DEL ARTE MEGALÍTICO Y CON ÉL, LAS PROPUESTAS TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS QUE CONECTAN LAS GRAFÍAS GRABADAS Y PINTADAS AL INTERIOR DE LAS SEPULTURAS CON LAS REALIZADAS AL EXTERIOR. LA MONUMENTALIDAD DE LOS DÓLMENES ANTEQUERANOS ACONSEJABA IMPLEMENTAR METODOLOGÍAS ESPECÍFICAS PARA DETERMINAR LA PRESENCIA O AUSENCIA DE PROGRAMAS ICONOGRÁFICOS QUE PUDIESEN CONTRASTARSE CON LAS LOCALIZACIONES AL AIRE LIBRE DE LA DEPRESIÓN DE ANTEQUERA. EL MODELO DE INTEGRACIÓN DE PINTURAS Y GRABADOS AL AIRE LIBRE EN EL MARCO DEL TERRITORIO DE LOS CONSTRUCTORES DE MEGALITOS TIENE EN LAS PROSPECCIONES QUE SE CONTEMPLAN EN EL PROYECTO GENERAL EXPECTATIVAS MUY FAVORABLES PARA SITUAR LOS SISTEMAS DE MARCADORES GRÁFICOS DE LA DEPRESIÓN DE ANTEQUERA COMO PAUTA PARA OTROS ENCLAVES MEGALÍTICOS DE ANDALUCÍA. LAS PINTURAS DE LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS, LOS MENHIRES DETECTADOS A SU PIE, LOS GRABADOS DEL ENCLAVE DE PEÑAS DE CABRERA, LAS REUTILIZACIONES DE GRANDES PIEDRAS EN MENG A Y EL ROMERAL, ETC., TODO UN CONJUNTO DE INÉDITAS PRESENCIAS EN EL PANORAMA SIMBÓLICO DE ANDALUCÍA, QUE ACERCAN ÉSTA A LAS MÁS CLÁSICAS EVIDENCIAS DEL MEGALITISMO ATLÁNTICO.

## ANALYSIS OF THE MEGALITHIC SYMBOLS AT THE ANTEQUERA DOLMENS SITE

ANY COMPREHENSIVE PROJECT ON THE LANDSCAPE OF THE MEGALITHIC CONSTRUCTIONS IN THE ANTEQUERA DEPRESSION COULD NOT LEAVE ASIDE AN ANALYSIS OF MEGALITHIC ART. THIS PAPER EXPLORES THE THEORETICAL AND METHODOLOGICAL PROPOSALS THAT CONNECT THE ETCHED AND PAINTED SYMBOLS INSIDE THE GRAVES WITH THOSE OUTSIDE. THE MONUMENTALITY OF THE ANTEQUERA DOLMENS INSPIRED THE IMPLEMENTATION OF CUSTOM METHODOLOGIES TO DETERMINE THE PRESENCE OR ABSENCE OF ICONOGRAPHIC COLLECTIONS THAT COULD BE CONTRASTED WITH THE OPEN AIR LOCATIONS IN THE ANTEQUERA DEPRESSION. THE MODEL FOR INTEGRATING OPEN AIR PAINTINGS AND ENGRAVINGS WITHIN THE TERRITORIAL FRAMEWORK OF THE MEGALITHIC CONSTRUCTIONS HAS YIELDED SEVERAL RESULTS, INCLUDING THE POSSIBILITY OF USING THE GRAPHIC MARKER SYSTEM OF THE ANTEQUERA DEPRESSION AS A MODEL FOR OTHER MEGALITHIC SITES IN ANDALUSIA. THE PAINTINGS AT THE PEÑA DE LOS ENAMORADOS AND THE MENHIR DISCOVERED AT ITS BASE; THE ENGRAVINGS AT THE PEÑAS CABRERA ENCLAVE; THE REUSE OF LARGE ROCKS FOR THE MENG A AND EL ROMERAL DOMENS, ETC., AN UNIQUE COLLECTION OF PRESENCES IN THE SYMBOLIC PANORAMA OF ANDALUSIA THAT ARE RELATED TO CLASSICAL EXAMPLES FOUND ON THE ATLANTIC MEGALITHS.

## Introducción

Los estudios de arte megalítico en la Península Ibérica han ido fraguando una serie de percepciones sobre el ritual de los ancestros, que enriquecen notablemente un panorama que en los últimos años ha sufrido una renovación total (BUENO; BALBÍN, 2006a, 2006b). Afrontar un trabajo en el Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera, referido a las grafías que definieron el código simbólico de sus constructores, ha de abarcar necesariamente varias facetas de análisis. Todas ellas han sido argumentadas por nuestro equipo en distintas ocasiones, tomando como modelo empírico los sectores peninsulares en los que hemos desarrollado nuestra labor de modo más continuado. Nos referimos a la cuenca interior del Tajo (BUENO et al., 2004a) y a todo el Suroeste (BUENO; BALBÍN, 1997), zonas que detentan, en el panorama historiográfico de la reconstrucción de su Prehistoria Reciente, el apelativo de “marginales” (BUENO; BALBÍN, 2003), pues se entiende que su papel fue eminentemente receptor, tanto por lo que se refiere a los orígenes de la producción como a los del mundo simbólico que se le asocia.

La invitación a participar en el proyecto global sobre los dólmenes de Antequera nos ha situado en una interesante posición para proponer modelos específicos de ubicación de grafías y decoraciones megalíticas en el marco de los constructores de la depresión andaluza que une Suroeste y Sureste y actúa de eje para el acceso a los sectores centrales de la Península Ibérica. La depresión de Antequera y su continuación, la de Guadix-Baza, vertebran el Sur peninsular, lo que hace de los grandes monumentos antequeranos un foco muy destacado para valorar cuestiones de carácter social, económico y simbólico.

Por otro lado, la depresión de Antequera y, con ella, todo el ámbito serrano occidental, habían permanecido inmersos en una ausencia de datos sobre pintura esquemática, grabados al aire libre y decoraciones megalíticas, que desde Breuil (BREUIL; WERNER, 1917) definían el sector como “poco clásico” o al margen

de la abundancia de pintura esquemática detectada en las sierras centrales de Andalucía y, sobre todo, en el Sureste (MARTÍNEZ, 2006). Concretamente Antequera quedaba entre los abrigos de la sierra cordobesa y los indicios de la zona costera y del sector oriental de Málaga.

Así se conjuntaban en la depresión de Antequera ausencias adjudicadas tradicionalmente al Suroeste peninsular, en tanto que territorio atlántico y por ello carente de pinturas o, en todo caso, con evidencias muy esporádicas (BUENO et al., 2006), y, a la par, ausente de grabados, la técnica que supuestamente definía a esos territorios atlánticos. Monumentos de tanta visibilización y monumentalidad, como los antequeranos, quedaban insertos en un panorama ralo en el plano simbólico y escasamente definido en el ámbito poblacional y económico.

## El pasado en la configuración de los territorios tradicionales

Las grafías constituyen un argumento arqueológico de la presencia poblacional (BUENO; BALBÍN, 2000a y b) y son los yacimientos documentados en los últimos años en el Occidente los que justifican mejor que ningún otro argumento la realidad de población constante de toda la Península Ibérica.

Es la simbología, y su largo recorrido, la que permite señalar auténticos territorios tradicionales, en tanto que lugares de uso recurrente en los que han quedado grafías pintadas o grabadas que dan fe de las presencias del pasado a las que se acogen los constructores de megalitos. Sería la tradición la reveladora de la ubicación de los mencionados marcadores y la que dotaría de seguridad al tránsito por la tierra perteneciente al grupo (BRADLEY, 2002; BUENO, BALBÍN, 1997 y 2000b: 452; EDMONDS, 1999; RICHARDS, 1996; THOMAS, 2000; TILLEY, 1993). Pinturas y grabados se “percibían” (SONNENFELD, 1972) como marcadores de espacios seguros y probablemente constituían la expresión de un variado mosaico de significados entre los que

destaca su valor territorial como algo aún hoy legible desde nuestra perspectiva contemporánea (BUENO, 2008).

Ello supone la posibilidad, cada vez más contrastada, de que los yacimientos con arte esquemático contengan evidencias más antiguas, que aluden a esos nexos con el pasado. Y precisamente la Baja Andalucía ha dado en los últimos años los mejores ejemplos (MAURA; CANTALEJO, 2005; MARTÍNEZ, 2008).

Nuestro trabajo reciente en el abrigo de la Peña de los Enamorados apunta en esa dirección. Con alguna noticia escueta, recogida por Rafael Maura en su tesis doctoral, el Abrigo de Matababras permanecía inédito hasta las prospecciones desarrolladas por el equipo de Leonardo García Sanjuán. La localización de estas pinturas revela el potencial futuro sobre el arte esquemático en Antequera, además de una asociación a sumar a las que en los últimos años señalan la importancia de los elementos naturales destacados del paisaje como referentes culturales de primera magnitud para los más antiguos productores. Una estela pintada ostenta la posición más visible al exterior del abrigo, recordando por su tamaño y posición la ubicación de algunas de las figuras antropomorfas del arte macroesquemático. La identificación de al menos dos fases de pinturas, caracterizada la más antigua por motivos ondulados dobles de fuertes reminiscencias en el más antiguo neolítico, coincide con la presencia próxima y en estrecha relación de intervisibilidad de dos menhires, uno de los cuales conecta con un notable conjunto de microlitos geométricos (García Sanjuán; Wheatley, en este volumen). (Imágenes 1, 2 y 3).

Esta línea de investigación, que en la Península Ibérica tiene su más amplio desarrollo en el Oeste (CALADO, 2004), comienza a disponer en Antequera de evidencias como la de la Peña de los Enamorados, en la que continuamos trabajando. El factor de la visibilidad como argumento para la recepción de “cultura” no debe dejar de lado otras evidencias de interés, entre las que el control de la gran llanura de Antequera es una de las más notables. Tradición, domesticación del entorno y exhibición de poder,

en tanto que control territorial, valoran algunos de los significados del dispositivo simbólico de la Peña de los Enamorados.

Las cronologías del Oeste para la fase álgida de la implantación de menhires en los paisajes de la producción dentro del VI milenio cal a de C. (BUENO et al., 2007), la asociación con microlitos geométricos y las referencias a un neolítico de fechas antiguas en las mismas tierras antequeranas (MARTÍN et al., 2004) proponen un cúmulo de argumentos notable para confirmar ocupaciones del VI milenio cal a de C., en el entorno de la Peña de los Enamorados que convirtieron la montaña en un lugar “doméstico” (BRADLEY, 1997). La visibilidad de la roca la hizo protagonista de la definición territorial de la depresión de Antequera y su implementación simbólica, referente ancestral para los constructores de megalitos, como demuestra la orientación del dolmen de Menga.

Otros datos del mismo entorno territorial avalan el nivel simbólico de los más antiguos productores. Nos referimos a la Cueva del Toro. En ella se localizó una calota craneal de un adulto varón, junto a una zona de hogar. Las incisiones detectadas en la calota se interpretan como fruto del descarnamiento de la misma. Además se grabaron formas sencillas, una de ellas un claro signo geométrico. Los grabados y el ocre confirman el conocimiento de las técnicas del arte esquemático en las fechas más antiguas de uso de la cueva, pues los autores adjudican el resto a la Fase IV (MARTÍN et al., 2004: 289-290). La hipótesis de que estuviésemos ante reliquias de los antepasados que se incluyen en los contextos de habitación tiene en restos del mismo tenor localizados en la cueva de la Vaquera, en Segovia, un referente de interés (DELIBES et al., 1999).

Economía agropecuaria, implementación simbólica y cronologías demuestran lo sólido del asentamiento poblacional en la depresión de Antequera a lo largo del VI milenio cal a de C., La interesante coincidencia del período de mayor desarrollo de la Cueva del Toro, segunda mitad del V milenio e inicios del IV milenio cal a de C., con las cronologías recientemente obtenidas por el equipo de Francisco Carrión (en este volumen) del poblamiento bajo



001. La Peña de los Enamorados desde Piedras Blancas. Obsérvese la grieta puberal en la que se alojan las pinturas, al modo en que se utilizan relieves similares en yacimientos paleolíticos / Imagen: Rodrigo de Balbín

002. Detalles de las pinturas del abrigo Matababras. A la izquierda la estela, en el centro la zona más profunda del panel y, a la derecha, detalle de las formas semicirculares en fotografía y calco / Imagen: Rodrigo de Balbín

003. Menhires 1 y 2 de Piedras Blancas / Imagen: Rodrigo de Balbín

004. Corte de la depresión de Antequera en la línea que asocia la necrópolis de Menga y la Peña de los Enamorados. Hipótesis de aplicación de nuestro modelo de integración de pinturas y grabados al aire libre y decoraciones funerarias / Imagen: P. Bueno, R de Balbín, R. Barroso

el túmulo de Menga, señalan el repunte demográfico adjudicable a estos momentos. Sólo una fase previa de demografía asentada y un nivel simbólico destacado justifican la construcción y mantenimiento social de los grandes monumentos antequeranos. Antequera, al igual que otras localizaciones del neolítico antiguo peninsular al margen de los lugares entendidos como foco inicial (BUENO; BARROSO, 2007), apunta al peso notorio del factor local en la generación y variabilidad de los medios de producción, como también proponen los investigadores de la Cueva del Toro (MARTÍN et al., 2004: 299).

### El espacio de la muerte. Grafías y territorio

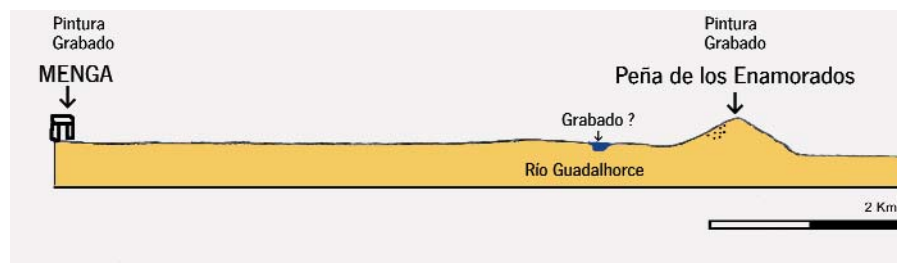
La relación de las pinturas y grabados con la posición de los grupos humanos responde a la más tradicional definición de “yacimiento”, ya sea como indicios de ocupación esporádica o más constante. Como tales yacimientos, reúnen una serie de parámetros analíticos evidentes pues ocupan una ubicación no natural en el paisaje y son contenedores de datos, en el sentido de auténticos almacenes de una información que ha quedado “escrita” en un soporte pétreo. Por ello un desarrollo metodológico coherente ha de incluir necesariamente los aspectos básicos del análisis de los yacimientos arqueológicos. Desde esa perspectiva podremos aportar evidencias empíricas que fijen tiempos, técnicas y asociaciones temáticas, con el fin de argumentar hipótesis sobre su sig-

nificado y papel en los contextos sociales y simbólicos de los constructores de megalitos.

El arte megalítico se constituye en la mejor de las bases empíricas para generar un modelo en el que integrar las grafías al aire libre. La tradicional disociación entre pintura y grabado en las consideraciones clásicas del arte postglaciar ibérico (BUENO et al., 2007) posee en los contextos funerarios artificiales el aval de su documentación conjunta asociada a depósitos arqueológicos susceptibles de datación directa, mediante el muestreo de las pinturas de los soportes, o de datación indirecta, mediante las cronologías C14 de los ajuares megalíticos (BUENO; BALBÍN, 1992, 1998, 2003, 2006a; BUENO et al., 2007). Con ello disponemos de un argumento contrastable para la datación de las grafías al aire libre (BUENO; BALBÍN, 2006b), pues no sólo se reiteran temas, técnicas y asociaciones, sino que éstas se alojan en yacimientos que presentan conexiones territoriales evidentes, ya sean de intervisibilidad, proximidad espacial, de ocupación de lugares destacados en el ámbito de los paisajes de los constructores de megalitos, etc. (BUENO et al., 2004a, 2006).

La aproximación macroespacial que seguimos integra no sólo el estudio de las grafías del interior de los monumentos de la depresión de Antequera, sino las que se pintaron o grabaron al aire libre en su territorio más inmediato. Grafías interiores y grafías exteriores (BUENO; BALBÍN, 2000 a y b) configuran un entramado simbólico en el que las segregaciones de temas específicos o de desarrollos particulares de algunas grafías, como la antropomorfía (BUENO; BALBÍN, 2006c), apuntan al valor de las representaciones humanas en el marco de las organizaciones sociales de la Prehistoria Reciente peninsular (BUENO et al., 2005).

La aplicación de nuestro modelo en la depresión de Antequera goza de una serie de datos previos (MAURA, 2006). En la situación actual, la hipótesis contempla una prospección intensiva en las zonas conocidas, con el objetivo de ampliar su documentación y aplicación a los entornos de líneas fluviales y zonas de sie-



004

rra y pie de sierra de toda la depresión (imagen 4). Los yacimientos del Oeste marcan una interesante pauta no sólo de asociación fáctica con enclaves naturales destacados, áreas funerarias y áreas de habitación, sino entre ellos mismos. De modo que se perciben agregaciones de mayor y menor tamaño, que resulta factible relacionar con agregaciones poblacionales específicas o con funcionalidades expresas (BUENO, 2008).

De ahí que el estudio pormenorizado del conjunto de Peñas de Cabrera pueda proporcionar datos empíricamente destacables para la comprobación de diferencias temáticas, asociativas o de otro tipo entre las agregaciones del tipo de Peñas de Cabrera y las pequeñas agregaciones que caracterizan la mayor parte de las localizaciones de la depresión de Antequera. Peñas de Cabrera reúne una serie de factores notables para este análisis: la acumulación de abrigos pintados, que en ocasiones comparten protagonismo con algunos grabados, su destacada posición en el camino desde Antequera hacia el mar y su concreta relación con una línea fluvial, junto a la cual conocemos sepulturas megalíticas (FERRER et al., 1980; MARQUÉS, 1979; MARQUÉS et al., 2000) e indicios de población neolítico-calcolítico (MARQUÉS, 1985). Se trata, además, de un terreno público, cuya puesta en valor revierte en un uso social evidente.

Si los espacios que configuran el interior de un territorio cotidiano son de obligada documentación en un proyecto como el que nos ocupa, analizar un enclave que podríamos interpretar “de frontera” entre diversos paisajes megalíticos, del que tenemos constancia de su uso en momentos contemporáneos, son esenciales para evaluar la realidad de la trama simbólica de los constructores de megalitos sus especializaciones territoriales y los nexos o diferencias entre ellos.

### Necrópolis y jerarquización social

Las interpretaciones hasta los años 80 reducían el arte megalítico a una expresión circunscrita regionalmente, a una cronología

avanzada dentro del desarrollo megalítico, a una técnica concreta y a unas arquitecturas específicas. En los últimos años, el arte megalítico ha pasado a constituirse en la evidencia de la riqueza ideológica de los grupos productores y metalúrgicos y en un nuevo parámetro para valorar la desigualdad en el ámbito del megalitismo europeo (BUENO; BALBÍN, 2006c).

Una perspectiva de análisis semi-micro permite estudiar la relación entre monumentos de una misma necrópolis. Y además de las pautas clásicas de este tipo de análisis (volumetría, distancia al más próximo, materiales utilizados, ajuares, cantidad de enterrados, etc.), la dimensión de la implementación simbólica constituye un rango valorable.

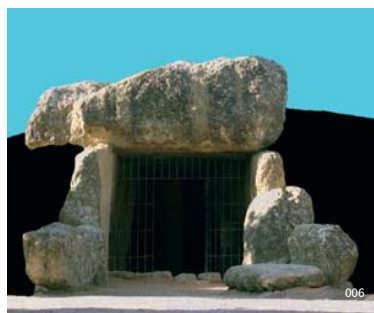
Efectivamente metodologías similares aplicadas al estudio de necrópolis megalíticas andaluzas, como la de Soto, en Huelva (BALBÍN; BUENO, 1996), o la de Alberite, en Cádiz (BUENO; BALBÍN, 1996; BUENO et al., 1999), apuntan a que este factor juega un notorio papel en los sepulcros destacados de algunas necrópolis. La monumentalidad de la de Antequera, de por sí un factor diferenciador de esta necrópolis, requería de un estudio minucioso de su aparato simbólico, con el fin de obtener datos acerca del papel de los grandes sepulcros antequeranos en la organización social de los constructores de megalitos de la depresión de Antequera. Y esto habría de concretarse tanto en las áreas interiores de los sepulcros como en las inmediatamente exteriores, pues el nexo paisajístico más claro entre interior y exterior absoluto es el que protagonizan los aparatos simbólicos asociados a las áreas del entorno de los monumentos.

En el caso de la depresión de Antequera esta intención choca con la amplia tradición de excavaciones arqueológicas estrictamente ceñidas a las estructuras visibles: cámara, corredor o, todo lo más, túmulo. Aún así existen evidencias de interés para confirmar el valor simbólico de los entornos próximos a los monumentos, y la expectativa de emprender excavaciones futuras en las que este tipo de asertos obtengan datos más abundantes.

005. Laja detectada a la entrada de Menga / Imagen: Rodrigo de Balbín

006. Dispositivo de entrada de Menga / Imagen: Rodrigo de Balbín

007. Fragmento de menhir decorado del corredor intratumular de El Romeral / Calco: P. Bueno, R. de Balbín, R. Barroso. Foto R. de Balbín. Menhir central del cromlech de Almendres. Evora / Imagen: R. de Balbín



El más claro hasta el momento es la plataforma plana que rodea el túmulo del Dolmen de Menga. Su mejor paralelo es la que recientemente se ha documentado en Alcalar 7 (MORAN; PARREIRA, 2004), propiciando la hipótesis del alto valor ceremonial de las áreas abiertas de sepulcros como Menga. A ello podría contribuir una pieza que viene siendo descrita desde momentos muy antiguos del conocimiento del sepulcro. La hipótesis de que hubiese constituido el umbral de acceso, a la altura de una probable puerta de madera, es interesante, pero tampoco es descartable que hubiese ejercido el papel de piedra-altar que sabemos detentó una laja singular también en el monumento de Alcalar 7 (imagen 5).

La configuración del acceso reitera la conocida en algunas galerías francesas, que se caracterizan por la visualización de un trilito, en el que la pieza horizontal destaca por su grosor y las piezas laterales aparecen enfrentadas, en ocasiones con marcado aspecto antropomorfo. Si el dispositivo es más desarrollado, incluye una pieza más baja que da paso a la delimitación perimetral del monumento, como sucede en Menga. Por tanto, interpretar las dos losas verticales como estelas guardianas del acceso al monumento es convincente, del mismo modo que valorar como menhires las piezas menores que las siguen, dada su volumetría y sección, totalmente diferente a las del resto de las descritas (imagen 6).

No podemos reconstruir el dispositivo externo de Viera, pero los abundantes grabados de sus soportes de seguro plantearán percepciones semejantes cuando emprendamos su estudio en profundidad.

El fragmento de menhir reutilizado en el corredor intratumbular de El Romeral supone una interesante evidencia a sumar a la presencia de menhires en la depresión de Antequera. Se grabó con un tema oval pulido que posee concomitancias con ejemplos portugueses. Especialmente con el menhir central del conjunto de Almendres, en Évora, que se fecha entre finales del VI y principios del V milenio cal AC., por su asociación material (imagen 7). Su

incorporación a la construcción del sepulcro refleja un gesto explícito de apropiación del pasado, al estilo de los cada vez mejor documentados en el panorama del megalitismo ibérico (BUENO et al., 2007).

El menhir de El Romeral y los de Piedras Blancas revelan un proceso de visibilización mediante imágenes antropomorfas que tiene en Menga referencias expresas, insistiendo en el destacado papel de las áreas abiertas de los grandes sepulcros, que habrían actuado como auténticos santuarios al aire libre dedicadas al culto a los ancestros (BUENO et al., 2006).

La inédita documentación de menhires en la depresión de Antequera a raíz de nuestro proyecto tiene un precedente bibliográfico en la mención de Berdichewsky (1964: 224, lám. VIII) de que en la necrópolis de Alcaide había una zona con cazoletas y un menhir que nuestras prospecciones recientes no han podido verificar.

Si es la visibilización de imágenes antropomorfas la que dota de valor simbólico a las necrópolis megalíticas (BUENO; BALBÍN, 1994,1996; BUENO et al., 2005), el conjunto de datos procedente de Antequera sitúa a sus constructores en uno de los lugares más destacados de todo el megalitismo atlántico.

### Los símbolos de los ancestros

Al interior de los sepulcros, el discurso funerario posee un desarrollo en programas iconográficos que dependen de la propia complejidad espacial del sepulcro, su distribución, funcionalidades y refacturas.

Su análisis ha de tener en cuenta el papel de las técnicas utilizadas, los temas, sus asociaciones y su ubicación en el sepulcro. Para todas esas constataciones desarrollamos una toma de datos basada en imágenes fijas y móviles, siempre con iluminación artificial. Luces blancas y frontales para destacar la pintura y focos más concentrados y dirigibles para los grabados. Todo ello acom-

pañado de los correspondientes filtros y material especializado. Es un trabajo lento, pero que da resultados, como ya ha demostrado ampliamente la similar metodología empleada en la documentación de las cuevas con arte paleolítico. Con posterioridad los datos se trabajan con sistemas informáticos.

La discusión sobre la presencia de pintura en las decoraciones megalíticas ha tenido en el sur de la Península Ibérica una especial incidencia. Descartada ampliamente la idea de que los dólmenes andaluces no disponían de decoraciones pintadas (BALBÍN; BUENO, 1996; BUENO; BALBÍN, 1992, 2003, 2006b; BUENO et al., 1999, 2004b), un proyecto de investigación como el que nos ocupa debía demostrar en positivo o en negativo el papel de la pintura en los sepulcros antequeranos. Podíamos albergar esperanzas en Menga pues observábamos indicios de color rojo y de color negro, contrastables con decoraciones similares en el megalitismo ibérico. En Viera hay indicios que nos dan expectativas de futuro, al igual que en El Romeral.

En casos más sencillos tomamos muestras de los posibles pigmentos procediendo a su análisis por difracción de rayos X. Pero Menga proponía problemas concretos. El más notorio el notable deterioro mediante *graffiti* y su limpieza reciente con productos químicos, sin haber contemplado previamente la posibilidad de que hubiese pintura megalítica.

Por ello nos pusimos en contacto con los doctores Ferrero y Roldán de la Universidad de Valencia que han desarrollado un tubo de fluorescencia portátil, experimentado con éxito en abrigos con arte levantino. Menga es el primer sepulcro megalítico al que se le aplica este sistema. La foto adjunta señala los muestreos realizados en el lateral sur, junto al ortostato de cabecera, que han dado como resultado óxido de manganeso (imagen 8). Consta aquí como avance al trabajo que estamos realizando con el equipo de Valencia, para señalar la presencia de pigmentos de este tipo, que junto con indicios de óxidos férricos, argumentan una decoración pictórica en Menga de la que hoy sólo disponemos de escasos restos.

La detección de pintura en monumentos andaluces ha corrido paralela a propuestas específicas para su documentación como las que nuestro equipo ha efectuado en las necrópolis onubenses, gaditanas, cordobesas, malagueñas y granadinas (BUENO et al., 2004b) o, más recientemente, en los monumentos de Palacio III, en Almadén de la Plata, y de Montelirio, en Castilleja de Guzmán, Sevilla (imagen 9). Todos estos datos se suman a las antiguas noticias de la necrópolis de Los Millares (ALMAGRO; ARRIBAS, 1963), para confirmar el destacado papel de los programas iconográficos pictóricos en los monumentos andaluces. La novedosa presencia de pintura negra de Palacio III, identificada como óxido de manganeso en las analíticas realizadas en el Ministerio de Cultura, constituye un referente de interés para los pigmentos de Menga (imagen 10). No dejaremos de señalar que los monumentos pintados andaluces coinciden con los más destacados de las necrópolis en las que se insertan. Así sucede con Soto I, con Alberite I, con Palacio III, desde luego con Montelirio, o con la propia Menga. Un caso concreto que habremos de estudiar más adelante es la mesa-altar de la cámara aneja de El Romeral, en la que las noticias antiguas apuntaban a la presencia de color (MERGELINA, 1922: 50). Los análisis están en marcha, pero más bien parece que se trata de restos de grasa (imagen 11).

Los temas pictóricos tienden al geometrismo, ya sea bandas paralelas, como las de Menga, puntos como los detectados también en este sepulcro, o triángulos, como los de Palacio III o los de Alberite; en fin, todo un repertorio que posee su mejor parangón en las vestimentas bien documentadas de algunas figuras muebles contemporáneas que, al estilo de las placas decoradas, insisten en las presencias antropomorfas como las principales protagonistas del imaginario funerario megalítico (BUENO; BALBÍN, 1994,1996) (imagen 12).

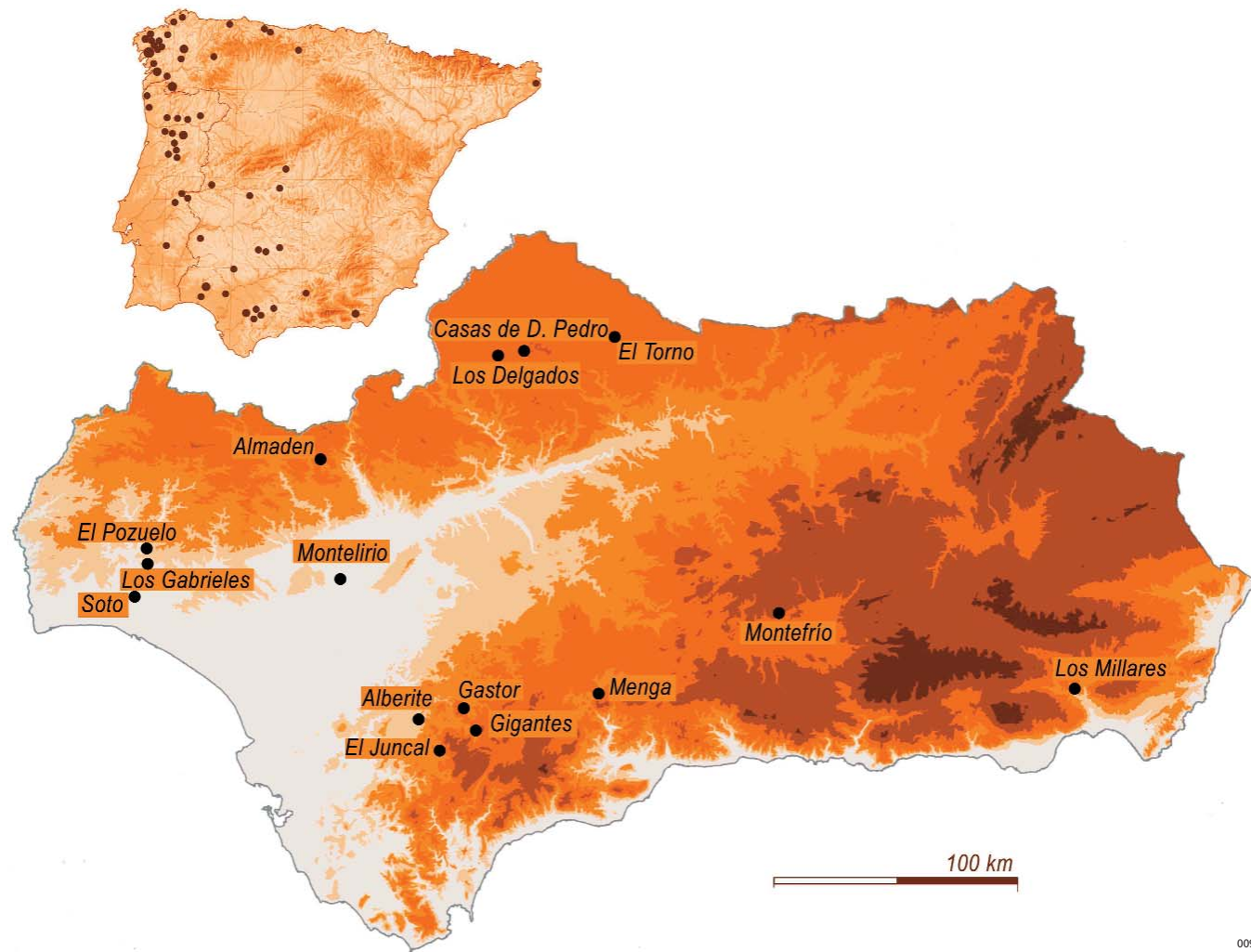
El papel de todos los soportes en el sentido de auténticas esculturas antropomorfas es evidente, pero en algunos casos éste se hace más explícito. Así parece en el caso de los menhires centrales del sepulcro. Sin que podamos confirmar o negar su papel estructural, sí nos queda claro que, como el resto de los sopor-



008. Dolmen de Menga. Muestreos realizados en los ortostatos del lateral sur junto al de cabecera / Imagen: Rodrigo de Balbín

009. Situación de las necrópolis megalíticas andaluzas con evidencias de decoraciones pictóricas / Imagen: P. Bueno, R de Balbín, R. Barroso









010. Detalle del frontal pintado de la sepultura de Palacio III. Almadén de la Plata (Sevilla) / Imagen: Rodrigo de Balbín

011. Restos de color en la mesa-altar de El Romeral / Imagen: Rodrigo de Balbín

012. Triángulos con indicios detectados de óxidos férricos en el Pilar 1 de Menga. A la derecha, anverso y reverso de una placa grabada y pintada del Dolmen de Tríncones I. Alcántara (Cáceres) / Imagen: Rodrigo de Balbín

013. Antropomorfos del ortostato 3 de Menga, con detalle de la figura más antigua. A la derecha, calco del antropomorfo grabado de la necrópolis de las Aguilillas, según ESPEJO et al., 1994 / Imagen: Rodrigo de Balbín



tes, su alusión a figuras humanas es clara, más aún de considerar los grandes triángulos rojos que se perciben en el más grueso e interior del sepulcro, en los que el tubo del equipo de Valencia ha detectado óxidos férricos.

Los grabados en Menga han constituido referencia desde sus más antiguas publicaciones, siempre refiriéndose a los antropomorfos detectados en una de las losas del lateral sur de la antecámara. La discusión acerca de su antigüedad es hoy más fácil de dirimir, pues tenemos constancia de figuras semejantes en monumentos muy próximos.

Tras haber analizado minuciosamente el ortostato en cuestión, podemos confirmar que existe un único antropomorfo original, el más externo de todos los grabados, y que el resto forma parte de un calvario que parte de una línea incisa en la línea superior del soporte con una técnica diferente (imagen 13). El antropomorfo original ha sido cristianizado incorporándole una cruz por encima de su recorrido vertical. Su semejanza con otro igualmente grabado en la cercana necrópolis de Las Aguilillas (ESPEJO et al., 1994) aporta un dato más a favor de estas presencias antropomorfas explícitas, grabadas en la zona próxima a la entrada de los monumentos. Pero quizás lo más interesante de la revisión que estamos realizando es que hay otros grabados en Menga, lo que contribuye no sólo a autenticar este primero, sino a insistir en un programa iconográfico complejo como parte del dispositivo ritual del sepulcro en su estado original. Como ejemplo incluimos los grabados de la zona superior del ortostato 9, que explicita con la saltadura de parte de su capa superficial los problemas que presenta la conservación del monumento (imagen 14).

El papel de la técnica del grabado en Menga se refuerza con el amplio despliegue en Viera, cuyo análisis detallado enfrentaremos en un futuro inmediato. Todas las piezas del corredor intratumular presentan cazoletas (MAURA; CANTALEJO, 2005), bien naturales, bien artificiales. Nuestra observación de que gran parte de ellas se asocian a líneas, en sistemáticas gráficas con buenas

referencias en yacimientos calcolíticos al aire libre (BUENO et al., 1998, 2004a), augura interesantes expectativas para su estudio detallado. Sobre todo en el marco de la relación que venimos defendiendo entre los aparatos simbólicos del interior de los sepulcros y los realizados al exterior, en el territorio cotidiano de los constructores de megalitos.

Una de las propuestas más novedosas derivada de nuestro proyecto es la de que anteriormente a la erección de los grandes monumentos antequeranos existió una fase de estelas y menhires que se reincorporaron a éstos. Ya hemos hecho mención al menhir fragmentado de El Romeral. En Viera, la información gráfica de las últimas excavaciones (FERNÁNDEZ et al., 2003) incluye una pieza triangular tallada como cobertura número 4, totalmente diferente al resto de las cubiertas, que entendemos como una estela reutilizada (BUENO et al., 2007). La fecha C14 procedente de este sepulcro,  $4550 \pm 140$  BP (GrN16067) (FERRER; MARQUÉS, 1993), certifica que la estela se realizó antes de la segunda mitad del IV milenio cal a de C. (imagen 15).

La gran cobertura de la cámara de Menga presenta una decoración muy destacada. Por un lado, los grabados y pinturas en la zona visible de las losas de cobertura son un hallazgo relativamente reciente en la interpretación del arte megalítico ibérico. Desde nuestra investigación en el Dolmen de Soto, este hecho comenzó a evidenciarse de modo claro, constituyendo la decoración completa del Dolmen de Alberite I un argumento sólido para confirmar que los dispositivos gráficos ocuparon la totalidad del espacio sepulcral. Por ello, nuestro análisis se desarrolla por igual en todos los soportes. La cobertura de la cámara de Menga posee un tema antropomorfo grabado, una estela con cabeza triangular, revestida con un manto de franjas horizontales. Las más externas delimitadas con un grabado ancho y profundo, que en la zona más próxima a la cabeza tiene una decoración romboidal, al estilo de las detectadas en las islas británicas. Las interiores son más finas, probablemente porque constituyeron la guía de la pintura que debía acompañar a esta figura. Pero lo más interesante es que se aprecia, sin dificultad,

que los grabados continúan hacia los laterales de la pieza, ocultos por los soportes de las paredes laterales, por lo que la estela fue decorada antes de insertarse como cobertura en la cámara de Menga (imagen 16).

La cronología del V milenio cal a de C. obtenida para la ocupación bajo túmulo de Menga (CARRIÓN, en este volumen) y la de segunda mitad del IV cal a de C. obtenida en Viera plantean una horquilla cronológica convincente para situar la realización de la estela de Menga entre ambas.

De nuevo un mecanismo de recurrencia con el pasado ampliamente documentado en todo el megalitismo atlántico, que vincula la simbología de los constructores de megalitos de la Baja Andalucía con la documentada en todo el occidente europeo y sitúa Menga como el más claro ejemplo en la Península Ibérica de este tipo de acciones rituales en torno a la construcción de los megalitos.

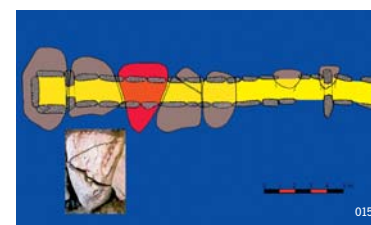
### Antequera como modelo de análisis para las grandes construcciones andaluzas

El proyecto general de investigación en el que se desarrolla nuestro trabajo es el primero que en la Península Ibérica pretende abarcar toda la serie de realidades que se ciernen sobre los yacimientos megalíticos, al estilo de los que en los años 80 situaron al megalitismo bretón en el punto de mira para el estudio del megalitismo atlántico. A la perspectiva bretona de la asociación de áreas funerarias y áreas de habitación, el proyecto de Antequera puede sumar la realidad de que éstas encuentran su más clara explicación territorial en la investigación de las redes de marcadores gráficos que constituyeron las referencias simbólicas de sus habitantes. Por un lado, la inédita presencia de menhires augura la posibilidad de una fase antigua en la que estas visibles figuras antropomorfas delimitan y hacen reconocibles los paisajes de los primeros agricultores. Por otro, las referencias antropomorfas individualizadas conducen a reconstruir un contexto simbólico próxi-

mo de identidades que asocia, sin dificultad, los megalitos del área granadina y los malagueños. La ineludible proximidad geográfica con los megalitos del Guadalhorce, entre los que destacaríamos la necrópolis de Alberite, propone otra conexión evidente que colabora en sostener un papel muy destacado para los grandes dólmenes antequeranos en el marco de los grupos que habitan la Baja Andalucía del VI al III milenio cal a de C.

La reciente detección de la estela del Bobadilla por parte de la dirección del Conjunto Arqueológico Dólmenes de Antequera puso a nuestra disposición una pieza inédita en el panorama andaluz. La estela en cuestión es un soporte de arenisca de 1,50 x 1,07 m. La parte superior está alisada y delimitada por una gruesa línea en relieve que señala el campo en el que se desarrolla el tema antropomorfo que define la pieza. Los indicios de color que se aprecian a simple vista han sido identificados en el laboratorio del Ministerio de Cultura como óxidos férricos en un entramado arcilloso que posee también indicios de yeso, en lo que podríamos recomponer como una masa coloreada en rojo que debió recubrir los grabados y, de modo muy concreto, los relieves para que destacasen muy nitidamente. El personaje representado está en una posición ligeramente disimétrica, observable pese a la fragmentación del lateral derecho de la pieza. Está compuesto por dos cuerpos semicirculares. El primero formado por tres semicírculos concéntricos en relieve, que tienen como cúspide un pequeño arco. El más externo engloba a los demás y los encierra mediante una línea recta de la que pende un colgante trapezoidal. El cuerpo inferior se orienta en sentido contrario. Se trata de otro semicírculo de aspecto globular, en cuyo interior sobresalen zig-zags en relieve en la zona inferior de lo que sería el cuerpo del personaje, pero también se aprecian zig-zags incisos, que probablemente recibieron pintura. A los lados de la cabeza, dos apéndices verticales terminados en semicírculo podrían representar los hombros del personaje.

Este sistema es relativamente novedoso en las estelas peninsulares, si bien los semicírculos concéntricos tienen referencia en las figuraciones de diademas de las estelas centro-occidentales



014. Dolmen de Menga. Ortostato 9 y detalle de los grabados de la parte superior / Imagen: R. de Balbín

015. Estela reutilizada en el Dolmen de Viera. Montaje a partir de material gráfico del informe de L. E. Rodríguez

016. Cobertura de Menga. Restitución fotográfica y calco / Fuente: BUENO et al., 2007

017. Calco y foto de la Estela de Bobadilla, a la izquierda en vertical. Estela de Gorafe y ortostato-estela de Montefrío, a la derecha / Calco: P. Bueno, R. de Balbín, R. Barroso. Foto: R. de Balbín



(BUENO et al., 2005). Pero el conocimiento de ejemplos muy similares en áreas próximas hace de la estela de Bobadilla un modelo paradigmático de las especializaciones antropomorfas. La estela de Gorafe (CASTELLANO et al., 2003) y la figuración en relieve del dolmen 19 de Montefrío (BUENO; BALBÍN, 1992; BUENO et al., 2004b: 54) no sólo aportan datos a este argumento, sino que verifican ampliamente el contexto megalítico de la pieza antequerana. Su presencia propone la localización de más monumentos decorados en Antequera, que esperamos confirmen las prospecciones en marcha, además de insistir en la estrecha relación entre la depresión de Antequera y la de Guadix-Baza, donde se localizan la necrópolis de Montefrío y la de Gorafe, sin dejar de lado la enorme proximidad con la de Los Millares (imagen 17).

La tradicional interpretación de Los Millares como la necrópolis más destacada del calcolítico andaluz posee ahora contrastes notorios con conjuntos que, como el de Antequera, demuestran no sólo la capacidad de sus constructores para conseguir arquitecturas destacadas volumétrica y simbólicamente, sino una realidad más amplia de territorios con identidades gráficas muy marcadas en el que diversos conjuntos sociales desarrollaron indicios de desigualdad social. Estos se evidencian en la variedad de las necrópolis documentadas, las diferencias entre ellas y entre los sepulcros de cada una y, sobre todo, en las individualizaciones antropomorfas que se incluyen en sepulcros destacados gráficamente.

La complejidad de estas necrópolis tiene en sus expresiones gráficas uno de los argumentos más contundentes para explicitar diferencias en el aparato simbólico de algunos monumentos. El trabajo en la de Antequera no ha hecho más que empezar y ya ha puesto al descubierto algunos de los descubrimientos más interesantes del panorama simbólico andaluz. Esperamos que de ahora en adelante ningún proyecto sobre megalitismo deje al margen constataciones específicas sobre los programas iconográficos que definieron el mundo de la muerte en la Europa atlántica.